



Mirando por la Cerradura del Espejo

Por Luis Vargas Saavedra

Por medio de sus dos valores indudables, la originalidad y la evolución (quizás sea lo mismo), la poesía de Renato Yrarrázaval ha ido de lo simple a lo alucinado, y de lo alucinado a lo hermético. En el caso de cualquier poeta chileno la originalidad —que es un requisito padrastrero— demanda diferir, diferenciarse, incluso distar respecto de ciertas figuras colosales. Llegado a prunto, este morbo de no asemejarse a los insignes, grava despoticamente la riqueza expresiva y boicotea la espontaneidad. Yrarrázaval se defiende ante su propia autoinquisición. Funciona bien dentro de una brevedad que va amoldándose y amoldándolo hasta el punto mágico de un tal adecuamiento del poeta a su manera de expresarse, que da la sensación de algo intrínseco, orgánico, irremplazable. Es decir, su poesía sale breve y se cuela breve, porque su cabeza habrá sentido y pensado con aquella misma brevedad.

La destilación del verso suyo trae todavía lejos a Rilke. También sus imágenes —el tipo de las imágenes. Fundamentalmente en su evolución se percibe una creciente mesura: hay más y más control de lo emotivo y de lo estilístico. Las imágenes-conceptos ni se repiten en paralelismos ni se remachan en contrastes; se agolpan en saón. Este poeta sabe cuándo su visión ha quedado perfilada en vocablos, y así mismo sabe que así basta, que así está bien. Lo demás sería estropearla con estruendos y más estruendos.

Me parece que la poesía de Renato Yrarrázaval se bifurca en dos perspectivas: la personal y la genérica. En la primera riza lo autobiográfico; en la segunda, lo profético. Dentro del plano "personal", su tono reciene la ironía, incluso la comicidad de los choques asombrosos, que ya venía en su libro *Despierto en el sueño*. El buen humor en nuestra poesía, escogido como rumbo para ensayo o tesis, obligaría

a una miseria ardua y casi yerna. Neruda lo permite jugaronamente en sus últimos libros, pero más le prevalece el vaivén de incensario y el eco de bóveda en donde oficia ceremonialmente sus liturgias ateas. Parra lo tiene negro, tan negro, que le embetuna de pesimismo. Gabriela Mistral, como Neruda, lo deja aflorar en jargarretas, pero se le spaga en el grito. Recientemente comienzan los Carlos Bolten, las Rosas Cruchagas y los Renatos Yrarrázaval a estrenar, a consentir, a pastorear un buenhumor lírico, sobrio, católico.

Con prevalencia de otros tonos, o sin ella, estos tres poetas saben salirse de la batística de una seriedad marmórea, y pueden practicar un contrapunto de sensibilidades que los poetas sabihondos y entrecuchados desdefañan como irreconciliables disparates.

Como que Yrarrázaval le da un magistral puntapié al tonto serio, y se lo da con un envión de aquella inolvidable pierna ortopédica: "Quise arrodillarme bajo el arco de tus cejas; / bajar a medir con una brújula tu aliento; / y levantar tus manos como dos aradas veloces. / Pero me castiva la magia de tu pierna ortopédica; / (que nunca será extremidad sino inacabado anhelo)" (p. 79).

Por ahí asoma algún ángel de la falange de las *Elegías del Duino*, pero los visos a Rilke también van esfumándose dentro de la evolución; su actividad no tiene lo inhumano ni lo tortuoso de aquellas presencias místico-metafísicas. En la poesía de Yrarrázaval se vuelven más sencillas y resultan más plausibles. Lo cual no quiere decir que se trate de poesía fácil de entender. El ir de lo llano a lo hermético es su privilegio y es su riesgo; de continuar acendrándose en esa cornisa, se quedará comprendido y acompañado por muy pocos. O por sus puros ángeles...

Cuatro llaves para abrir la cerradura del espejo nos ofrece el autor: "origen", "olvido", "sueño" y "tiempo". No

sé aún si tal sea su orden de urgencia o de eficacia. Naturalmente primero vendría el "origen", y así se titula el primer poema que inicia el trance: "Bajo los ojos que aguardan/ en secreto la primera imagen; / los párpados cierran una distancia; / y la mirada resiste ese abandono". No queda neto cuál abandono: ¿la carencia de lo visible o, dándose otra significación al sustantivo, la poseadura lánguida de los párpados en abandono sobre los ojos? En todo caso, lo que allí cuenta es la actitud de los ojos antes de nacer (para diferenciarse de un poema de Jorge Guillén en donde la mirada y su vocabulario, el ojo y las palabras, son una profunda meditación).

En esta primera parte del libro, bajo el título o la advocación de "Clausura", leemos 19 poemas entretreídos conceptualmente; si no yerro, hay allí una simple y clara cartografía del rumbo metafísico de la criatura antes de nacer y antes de morir —todo es previo. Y como en arcada se aún la gama íntegra de los misterios: el origen, el tiempo con sus dos defensas, memoria y olvido; y por último el destino, un origen final, ante cuyo insondable el poeta queda silencioso. Ha dicho antes que "Lo secreto/ no ha encontrado/ quien lo anuncie" (p. 23). Ahora termina los cinco poemas para el silencio con un tono de fe a oscuras o de esperanza ciega: "Por qué los cielos/ no me devuelven mi identidad?" "... Si fuese nuestro origen/ la herencia de ese viaje/ reservado a la luz/ el Universo intentaría/ rescatarnos... no sé qué duda/ se alimenta de infinito" (p. 47).

Mientras más releo estos poemas, más humildemente reconozco que hay allí una escueta crónica de "séances" y de iluminaciones, de sucesos y de buceos; que nos es relatada con caligrafía de cristal: hay que aguzar el entendimiento para leer lo invisible, lo sugerido, los planetas colmados en un verbo.

Mirando por la cerradura del espejo [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mirando por la cerradura del espejo [artículo] Luis Vargas Saavedra.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)